

POL IBÁÑEZ

CUANDO  
SEAMOS  
SUEÑOS  
DE PAPEL



CROSS  
BOOKS

POL IBÁÑEZ

CUANDO

SEAMOS

SUEÑOS

DE PAPEL

CROSSBOOKS 2024  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A

© del texto: Pol Ibáñez, 2024  
© de la ilustración de cubierta: Olga Korneeva, 2024  
© Editorial Planeta S. A., 2024  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2024  
ISBN: 978-84-08-28337-9  
Depósito legal: B. 895-2024  
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04

[I]

cuando las rosas sean  
de papel

# *Orgullo y prejuicio*

Kei

El amor es una puta mierda. Enamorarse es de pringados. Es mucho mejor una noche de sexo y a tomar por culo. Una experiencia sin ataduras, sin compromiso, que evite las mil formas de acabar con el corazón roto. Puede que todavía no haya encontrado a la famosa persona que revolucionará mi vida, pero tengo una lista negra con el nombre de las que, por mí, pueden irse al infierno.

Los libros también son una puta mierda. Leer es para aquellos que quieren evadirse porque su vida es una mierda. Les falta sangre para hacerles frente a los problemas en vez de leer letritas negras en páginas ruinosas. No he cogido un libro en mi vida, para eso mejor me pongo a ver películas.

Eso sí, al destino le gusta guardarse ases bajo la manga siempre que puede. Debe de haberle encantado darme una patada en los huevos y meterme como vendedor de libros clásicos en pleno centro de Barcelona durante Sant Jordi. La mayoría son románticos.

¡Qué alegría para un chico aficionado al *motocross*!

Hoy en día se prefiere el prototipo de tío extrovertido, pianista o guitarrista, lector y bien vestido. Pues yo soy todo lo contrario. Demasiado tranquilo e introvertido, y odio leer.

Me gusta más ser el chico amargado de la esquina que se queja de la vida y se pasa el día durmiendo.

Cosa que estaba haciendo hasta que mi madre ha decidido darme con un abanico en la cara. Con lo bien que estaba viajando en mis sueños por las infinitas carreteras de América con mi vehículo verde de dos ruedas...

Ahora tengo que volver a soportar el calor insufrible. Por no hablar de los clientes interesados en los libros, las rosas que hay por todos lados, la cantidad exagerada de gente que paseará por estas calles desde Gran de Gràcia hasta la plaça Reial, disfrutando del aclamado día en el que de la sangre nació una rosa.

—Un perezoso trabaja más que tú, ¡pedazo de vago!  
—chista mi madre mientras saca unos cuantos libros de una caja entre risas—. ¡Venga! ¡Ponte a atender clientes!

—Mamá, no tengo ni puta idea de libros.

Me lanza una mirada asesina y, antes de que se ponga a chillarme los cuatro dioses del cielo, me levanto de la silla plegable para asomarme un poco a donde está la gente hojeando páginas amarillas. Se me olvida que hay una pata de madera en el centro de la mesa y me doy un buen golpe contra ella en el dedo pequeño del pie. Maldigo mi nombre por ser tan despistado e ir tan adormilado y dejo que mi cuerpo reciba la bocanada de calor. Parece que haya caído todo el fuego del mundo justo aquí.

Algo bueno son las chicas que subirán y bajarán por Las Ramblas. Llegan a ser tan guapas que dañan la vista. Tampoco voy a mentir, hay algún que otro chico que me hace replantearme mi sexualidad. No obstante, estos se los dejo a mi compañero de piso y mejor amigo: Arnau. Nunca nos peharemos por este tema. Mierda, no. He podido oír su vocecita retumbar en mi cabeza repitiéndomelo otra vez:

«Yo no escogí enamorarme de chicos. De poder escoger, elegiría mil veces las chicas. Pero soy gay y moriré gay.»

Ah, y qué no falte el detalle suyo de:

«Arriba Beyoncé, ¡joder!»

La historia de cómo nos conocimos Arnau y yo es bastante peculiar. Se podría resumir en que salí de fiesta, se acercó a mí, me tiró ficha, lo vacilé un poco —gracias a las cinco copas que llevaba encima— y luego nos pusimos a hablar de la vida en la terraza de la discoteca. Si mal no recuerdo, llegamos a preguntarnos hasta por qué los guisantes se llaman guisantes.

Acabé diciéndole que lo sentía mucho, pero que sus sentimientos nunca serían correspondidos para otra cosa que no fuera amistad y, como resultaba que él buscaba piso en pleno centro de Barcelona y a mí me apetecía independizarme, nos dimos el número de teléfono. Ahora vivimos juntos, llevamos dos años soportándonos bajo el mismo techo. Quién diría que el chico del collar de perlas acabaría siendo mi mejor amigo. Dos adultos —poco responsables— de veinte años viviendo la supuesta vida maravillosa.

Suelen decirme que soy atractivo. Aun así, después de la última mujer a la que le abrí mi corazón, no pienso hacerlo nunca más. Corazón de hielo. Imbécil para todas. Así se vive mejor.

A la mierda el amor, bienvenido sea el puterío.

—¡Kei! —Cierro los ojos ante el chillido agudo de mi madre—. ¡Atiende a la gente!

—¡Que ya voy, mamá! —refunfuño.

Veo que hay una señora trasteando alguno de los libros que hay colocados en el mostrador. Obviamente está mirando los que están de oferta.

¿Quién coño pagaría tanto dinero por páginas manchadas de negro? Hay que estar loco de la cabeza. Con eso pue-

des pagar la cuota mensual que piden para apreciar la magia de MotoGP.

Entonces aparece un señor mayor y le da un beso en la mejilla a la clienta de cabello blanco y ondulado. Reconozco que la mayoría de las veces que veo muestras de afecto entre dos abuelitos me dan ganas de tener lo mismo. Luego recuerdo que en esta generación enamorarse significa matarse. Y eso, mejor que nadie, lo sabe mi queridísimo amigo Arnau.

Con la cantidad de hombres con los que ha salido podría escribir un libro sobre cómo saber que un chico te va a abandonar. Yo les daría un par de collejas a la gran mayoría de los tíos que han estado con él.

¿Qué os pasa a algunos? ¿No sabéis lo que es el respeto y la lealtad?

La verdad es que el amor y Arnau no se llevan muy bien. Por eso somos tan buenos amigos... ¡porque ya somos dos! Eso sí, él es un chico muy romántico —demasiado, para mi gusto—. Yo soy un poquitín desapegado, lo reconozco.

—¿Le interesa alguno? —pregunto a la clienta, sacando la sonrisa más encantadora posible.

Si lo hago es porque noto que mi madre me mira desde la otra punta, con los ojos entrecerrados y quitando con fuerza el polvo de los libros. ¿Por qué no me podría haber tocado una familia fanática de las motos? Así podría hablar durante horas sobre todo lo que sé de ellas. Sin embargo, aquí estoy: fingiendo.

—De este me han hablado mucho, ¿es bueno?

—A ver, señora —carraspeo—. Si ellos lo dicen, ¿quién soy yo para contradecirles?

—¿Tú lo has leído? Tiene pinta de que sí, ¿de qué va?

¿Que tengo pinta de haber leído qué?

Sí, quizá en un universo paralelo.

Abro los ojos como platos y me paro a leer el título del

libro. *Orgullo y prejuicio*. Irá de que alguien ha perdido el orgullo. O de que se juzga mucho en el libro. Lo agarro y lo giro un momento para ver qué pone en el resumen. No tiene. Genial.

—¿Y bien? —se impacienta—. ¿Crees que es tan bueno como la película?

—¡No, no! —Niego con la cabeza mil veces y aplico la frase que siempre me ha dicho mi madre—. Los libros son mejores que las películas.

—En eso tienes razón, jovencito —ríe—. Creo que me lo voy a llevar.

—¡Claro que sí! —Lo arranco de sus manos y voy directo a cobrarlo—. ¡No se arrepentirá!

—Pero...

—¿Quiere bolsa? ¡Por supuesto! No querrá que se le estropee por el camino —río forzadamente.

Ella asiente, un poco confundida. Saco de la parte baja del mostrador una bolsa de papel y meto el libro en él. Tecleo el precio en la dichosa máquina y sonrío al ver que he conseguido otra venta.

—Pues serán doce euros. ¿Efectivo o tarjeta?

Saca el monedero del bolso y deja el dinero en la palma de mi mano.

—Gracias por todo...

Doy por terminada la frase hasta que oigo el famoso «mh-mh» de mi madre. Siempre sirve de alarma de que me dejo algo. Pongo los ojos en blanco y apoyo los brazos un poquito para no perder la paciencia.

—¡Tenga un fabuloso día de Sant Jordi... —mi madre repite la frase conmigo— y que le regalen muchas rosas y libros!

La señora empieza a subir calle arriba y sigo su recorrido con la mirada. En cuanto desaparece, quito la sonrisa de un

golpe y me acerco adonde se encuentra la propietaria de la tienda, mi jefa y mi madre. Todo en uno.

—Prefiero no tener dinero, dimito.

—¡Ajá! —me señala, recordándome la conversación que tuvimos sobre si llegaría a aguantar el trabajo.

Todo surgió porque estábamos cenando tranquilamente y ella se quejó de lo intenso que iba a ser el día de Sant Jordi. Le contesté que no sería para tanto. No pude ni terminar la sopa antes de que me amenazara con que la acompañara, si tan fácil lo veía. Y como no me gusta perder, acepté. «El dinero nunca viene mal.»

—Me da igual, mamá. No lo soporto.

—¡Una lástimaaaa! —alarga la última letra con ese tonillo tan característico de ella.

Entrecierro los ojos y me la quedo mirando. Solo lo usa cuando esconde algo o quiere chantajearme. Obviamente, se tratará de lo segundo. Estoy dispuesto a oír con que me pretende convencer.

—Adelante, te escucho. —Me cruzo de brazos y espero. Ella suelta el libro que estaba limpiando y pone los ojos en blanco.

—Si eres capaz de aguantar el día entero...

—¡Ni de puta coña voy a vender más libros ñoños!

—¿Me dejas terminar?

Me muerdo la lengua y hago un gesto con la mano para que continúe.

—Si lo haces, sin más quejas... —hace una pausa—, podrás hacer ese viaje que tanto deseas.

Me quedo quieto un momento. No me puedo creer que me esté ofreciendo eso. Alzo una ceja y me pellizco para comprobar que esto está sucediendo de verdad.

—A ver si lo he entendido... —Me paso la mano por la barbilla, pensativo—. Si me quedo, ¿me dejarás irme unos días a Ibiza?

—Así es.

—¿Solo hoy?

—Exacto —confirma tranquila.

Como he tenido la suerte de formar parte de una familia con suficiente estabilidad económica, nunca me he visto en la obligación de tener que trabajar. Mientras estudiara con ganas, aprobara todo y controlara los gastos, me iban aportando dinero para disfrutar unos años más fuera del mundo laboral. Pero claro, no tengo la suficiente cantidad como para marcharme de viaje con mis compañeros.

—Así también te despejas un poco, y quizá, entre playas y paraíso, pienses en lo que te gustaría hacer el año que viene.

A medida que empecé el segundo curso y las materias de la Ingeniería Mecánica se hacían más densas y menos generales, me di cuenta de que eso no era lo que quería y lo dejé. Ahora llevo un mes en una especie de año sabático y sigo sin saber qué coño hacer con mi vida. Sobre todo porque desde que tengo uso de memoria he tratado de entrar en dicha carrera y luego la he acabado detestando.

Desde que comenté esta decisión a mis madres, se han mostrado bastante neutras. Al principio les costó que fuese a dejar algo a lo que había dedicado dos años de mi vida; les parecía una pena. Me lo tomé a bien, ya que ellas siempre han querido lo mejor para mí.

—Pero ¿lo estás diciendo en serio? —pregunto dudoso—. Lo del viaje, digo.

—Claro—sonríe—, así te podrás gastar el dinero que tienes ahorrado para comprarte un coche de segunda mano.

Asiento. Preferiría una moto, pero eso ya llegará. Ahora hay que pensar en lo más práctico.

—¿Me voy? —repito—. ¿Cien por cien?

—Que sí, Kei —bufa exasperada—. Pero ¡no quiero oír ni una sola queja más! —advierte.

—Trato hecho, mamá. Seré el mejor vendedor de libros que hayas visto en tu vida.

Doy unos pasos y me lanzo a abrazarla. Ella se ríe mientras me devuelve el abrazo, y le regalo un beso en la mejilla antes de prepararme para atender a otro cliente. Lleva el pelo rubio castaño bastante largo y apenas tiene canas. Aunque no sea mi madre biológica, suelen decirnos que tenemos la misma nariz. Larga y un poco redondita al final. La única diferencia es que ella tiene los ojos azules, y mi hermano pequeño y yo, marrones, como nuestro padre.

Él y nuestra madre murieron en un accidente de tren en el sur de Italia.

—No sabes lo que acabas de aceptar —murmura.

—No será para tanto —le resto importancia—. ¿Cuántas horas quedan?

—Unas nueve.

—¡¿UNAS QUÉ?! —chillo tan fuerte que los clientes alzan la mirada para mirarme—. Pero ¿qué locura es esta?

—Bienvenido al mundo laboral.

—Dime que al menos llevamos dos horas ya...

—Cariño —reprime una risa y me enseña el reloj que lleva en la muñeca—, solo llevamos cuarenta minutos.

Me cago en todos los libros creados en este mundo.

Voy a morir entre tantas páginas viejas.